

ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

DISCURSO PRONUNCIADO

POR

DON EMILIO CASTELAR

en la sesion de las Córtes Constituyentes celebrada el dia
20 de Junio de 1870.

EMILIO CASTELAR (Tratado)



MADRID: 1870.

Imprenta de J. A. Garcia, Corredera Baja do San Pablo, 27

SEÑORES DIPUTADOS:

Para comprender el fondo de mi discurso, se necesita leer el texto de mi enmienda. Dedúcese por completo de todos los artículos de la ley, de todo su sentido, que el Gobierno quiere la abolición, pero la abolición gradual, y nosotros pedimos la abolición también, pero la abolición inmediata. Ya manifesté la otra tarde que el problema de la abolición de la esclavitud se ha planteado en un terreno muy distinto del terreno en que anteriormente se hallaba planteado. Antes había enemigos de la abolición: hoy todos absolutamente queremos la abolición; pero unos quieren la abolición gradual, que es tanto como mantener la esclavitud y sus horrores, mientras otros queremos la abolición inmediata, que es tanto como extirpar de raíz esa llaga.

Hé aquí, Sres. Diputados, toda la cuestión. Yo no doy más tiempo al Gobierno que el necesario, atendida la distancia que nos separa de las Antillas, á llevar á cabo

el grande acto de llamar á la vida civil, de llamar á la vida del derecho, 400.000 hombres.

He dicho muchas veces la causa que nos movió á guardar en este triste asunto un silencio que muchas veces nos ha pesado. Hoy día, al levantarme á pedir la abolición inmediata, declaro que descargo de un peso inmenso mi corazón y mi conciencia. Sírname de disculpa por haber callado tanto tiempo; sírname de disculpa la frase del Sr. Figueras, magistral como todas las suyas: delante de una guerra, las inspiraciones del patriotismo.

Es verdad, solamente la Pátria puede excusarnos. A todos sucede que despues de haber leído la historia de las grandes mugeres, ninguna prefieren á su madre; y despues de haber leído la historia de las grandes naciones, ninguna prefieren á su Pátria. Por lo mismo que el amor á la Pátria es tan grande, es tan inmenso, por lo mismo tenemos el deber de decir la verdad, toda la verdad, sobre todo cuando la ocasion se nos presenta por iniciativa del Gobierno, cueste lo que cueste, suceda lo que suceda; que nunca puede suceder nada tan horrible como lo que trato de evitar con esa enmienda, la ruina de la honra nacional. Señores, los que quieren dar á las naciones gran influencia y gran brillo, necesitan infundirlas una grande idea. Los pueblos crecen, se agigantan, brillan, piensan y trabajan con gloria cuando sirven á una idea progresiva. Por las ideas se explica la vária grandeza de las razas. La raza arábica, que hoy es apenas un cadáver, se extendió por un lado hasta recónditas regiones de Asia, por otro lado hasta los mares de Sicilia, cuando educaba en el monoteísmo las razas atrasadas y politeístas.

La gran raza latina brilló en el mundo cuando el principio de unidad política ó unidad espiritual atraía á sí todas las conciencias. Pero desde el momento en que es-

te principio se rompió, el cetro del mundo ha pasado á la racionalista Alemania, á la constitucional Inglaterra, á la revolucionaria Francia, á la puritana y republicana América. Dadle á un pueblo una grande idea, y en ella le habeis dado el poder y la riqueza.

Pues bien: lo que vengo á pedir hoy es que la Nacion española se levante á la altura de los grandes principios sociales, en la seguridad de que sirviendo á la civilizacion, sirviendo al progreso, encontrará la fuerza, encontrará la riqueza, encontrará el bienestar, encontrará el influjo en la humanidad, á que por tantos títulos tiene derecho su gloriosa historia. La Nacion española fué el asombro del mundo al comienzo de la revolucion de Setiembre. Pero la admiracion provino, en verdad, no de que se hubiese hecho la revolucion con más ó menos orden, con más ó menos calma, sino de que nuestro despertamiento á la vida moderna desconcertaba todas las teorías políticas, filosóficas, sociales é históricas, fundadas en nuestra irremisible decadencia.

Sí; hay tres pueblos que parecen muertos, los tres pueblos más excepcionalmente grandes: el pueblo griego, que dilató el mundo de la filosofía y del arte; el pueblo romano, que dilató el mundo del derecho y de la política; el pueblo español, que dilató el mundo de la naturaleza, de la creacion; que tendió sus manos creadoras sobre el solitario Océano; y al descubrir América, dobló la tierra, ensanchó el espacio.

Pero ¿qué ha sido de estos tres grandes pueblos? Grecia, á pesar de que las naciones más populosas se empeñaron en socorrerla; á pesar de que los sábios y los artistas quisieron renovar para ella las antiguas Cruzadas; á pesar de que en sus campos combatió el gran poeta del siglo, el poeta de la duda, encontrando allí el único re-

medio al hastío, la muerte; á pesar de la leyenda de su resurreccion, Grecia es hoy un monton de ruinas rematadas por coronas de ortigas; Roma, en vez de su Senado de Reyes, tiene su cónclave de Cardenales; en vez de su antiguo derecho político y civil, la ausencia de toda vida civil y política; pobre, paralítica, muda, yerta, sobre la ruina de sus altares y de sus cláustros.

En cuanto á nosotros, en cuanto al pueblo más jóven y más afortunado de los tres; con una raza tan varonil que parece incapaz de toda decadencia; con colonias en todas las regiones de la tierra; con sacrificios tan resientes y tan gloriosos como el sacrificio de la guerra por la independencia; con instituciones, si pervertidas, libres; nuestro nombre, aquel nombre que fué el talisman de los Papas y de los Reyes; aquel nombre á cuyos ecos temblaban las naciones desde el extremo oriente hasta el extremo ocaso; aquel nombre, digámoslo con tristeza, pesaba menos en la balanza de los destinos humanos que el nombre de Baviera, de Bélgica ó de Holanda.

De súbito en Setiembre esta Nacion se levanta; expulsa su vieja dinastía; rompe el yugo de la intolerancia religiosa, y anuncia al mundo que se apercibe á entrar en la vida de la democracia, en la vida del derecho. Los opresores palidicieron; los oprimidos esperaron. Sí; aquel pueblo de gran territorio y mucha poblacion, que renlice reformas sociales radicalmente, como es la abolicion de la esclavitud; aquel pueblo que sepa prescindir de una dinastía histórica, de una Iglesia oficial, de un ejército numeroso; aquel pueblo que sepa ejercer la libertad de imprenta sin escándalo, la libertad de reunion sin excesos, el sufragio univesal sin cesarismo, será en Europa lo que los Estados- Unidos son en América: será el ideal y la esperanza de todos los pueblos.

Podíamos serlo, debíamos serlo; la conciencia universal nos pedirá estrecha cuenta de la causa por que no lo hemos sido. La historia encontrará esa causa en la debilidad que nos llevó á asirnos á las ideas muertas.

Nosotros no somos solo una potencia europea; nos otros hemos sido, y seremos siempre, una potencia americana. Hay inmensa trascendencia en los hechos históricos. Los extraordinarios son immanentes. La conquista de Roma explica no solo por qué nuestras provincias fueron tributarias de sus Césares, sino tambien por qué nuestras conciencias son hoy tributarias de sus Pontífices. La política americana está llena de ingraticudes para España; la política española está llena de errores para América. Pero lo que no podemos destruir, ni los americanos con sus ingraticudes, ni los españoles con nuestros errores, ¡ah! es el hecho del descubrimiento de América. Imaginad que esa tierra desaparece, y que solo queda en medio del Atlántico la cima de los Andes; allí, en esa cima quedará petrificada la bandera española, y grabados como por el fuego creador los nombres de nuestros héroes. Nos importa tener en aquellos continentes, no un dominio material ya irremisiblemente perdido, sino un grande influjo moral. ¿Qué debemos hacer para esto, Sres. Diputados? Debemos dar un gran ejemplo á América. La raza latina nos necesita; necesita de España para contrarrestar el ímpetu de la raza sajona: nosotros necesitamos de América para dilatar nuestro espíritu, para tener grande espacio donde desarrollar nuestra actividad; grandes objetos que respondan á nuestra idea.

Si América llega un dia á formar la confederacion de confederaciones aconsejada por Bolívar, necesitará invocar su origen, que es el fundamento de su unidad, su lengua, su sangre, su historia, y en todos esos elementos

primordiales de la vida encontrará el nombre de España. Y, señores, digámoslo en puridad, digámoslo con franqueza, no invocará ese nombre si no brilla con el centelleo de grandes ideas en los horizontes del mundo. ¿Qué va á invocar de nosotros la América libre, independiente, republicana, democrática, cuando ve que existen allí territorios españoles, y que en esos territorios se halle vigente la esclavitud blanca y la esclavitud negra, el régimen colonial y el régimen servil, que rechaza indignada la conciencia humana?

Señores, en el instante mismo de la revolución de Setiembre (y yo no quiero reconvenir con esto á nadie, porque empiezo por reconocer los móviles patrióticos y los sentimientos de convicción que tal conducta dictaron), en el momento de la revolución de Setiembre, digo, pudimos cambiar por completo el sentido de América respecto á España, cambiando el sentido de España respecto á América. Las reformas debieron ir, como va á todas partes la luz, con celeridad. La Providencia nos había servido mucho. Después de tentativas ineficaces y de resistencias incomprensibles, terminamos el cable, el cual era una especie de espina dorsal puesta al planeta, una nueva médula de la humanidad, que derramaba por todas las regiones de la tierra los mismos sentimientos y las mismas ideas. El *Leviathan* lo había arrojado en los profundos senos del mar, que tanto se había resistido á ser encadenado. El milagro mayor de nuestra industria estaba hecho.

La primera vez que el cable unió las costas de América y de Inglaterra, los jefes de los dos Estados dirigieron una oración á Dios. ¿Qué mejor oración podíamos nosotros haberle dirigido que mandar por el cable el fin del régimen colonial y el fin del régimen servil! No lo hi-

cimos; nos arrepentiremos bien tarde. Yo lo siento, no tanto por mí; yo lo siento, no tanto por los esclavos, lo siento principalmente por mi Pátria.

Y, señores, ¡qué pesar, cuando despues de haber hecho esto, se levanta todavía una voz de los bancos conservadores, voz elocuentísima, que nos dice: detengamos esta reforma, esa reforma, señores, que yo llamo débil y doctrinaria; esperemos á que vengan los representantes de Cuba!

¡Cómo! ¡Los representantes de Cuba! ¡Y lo decís vosotros, los conservadores! ¡Vosotros que en veinte años no habéis suspendido su régimen excepcional!

Sometisteis Cuba al despotismo militar; nuestros Reyes, que eran aquí constitucionales, eran allí absolutos; nuestros Ministros, que eran aquí responsables, eran allí arbitrarios; teníais su prensa bajo la censura, y su opinion con mordazas; disponíais de sus derechos sin oírlos, y de sus tributos sin consultarlos; la tierra de la libertad concluía en las islas Canarias, y cuando comenzaba el nuevo mundo español, comenzaban los dominios del absolutismo, que ningun pueblo puede soportar sin gangrenarse; jamás reconocisteis el derecho de verse aquí representados á nuestros colonos; y cuando nosotros pedimos que se reconozca en los más desgraciados de todos ellos un derecho que no deben á nadie, que recibieron de la misma naturaleza, proclamais nuestra incompetencia, y pedís que vengan los blancos á decidir la suerte de los negros, que vengan los amos á decidir la suerte de los esclavos, ¡ah! de los esclavos, libres sin ellos y sin nosotros; libres á pesar de ellos y á pesar de nosotros; libres contra ellos y contra nosotros; libres por hijos de Dios, por soberanos en la naturaleza, por miembros de la humanidad; y todo poder que desconozca esos derechos pri-

mordiales, sea cualquiera la ley ó el pretexto que invoque, comete el asesinato de las conciencias, el asesinato de las almas, crimen que castiga la cólera celeste, y que se purga con una eterna infamia en el eterno infierno de la historia. (*Aplausos.*)

Yo conozco la causa de nuestra lentitud en dar reformas á las Antillas. La conozco, y la diré sin ofensa de nadie, porque yo atribuyo esta lentitud á las ideas que predominaron en el Gobierno de Setiembre. ¿Fué aquella una sola revolucion? No; en la revolucion de Setiembre ha habido dos movimientos: uno análogo al movimiento francés de 1830, y otro análogo al movimiento francés de 1848. No hubo, pues, ni unidad de ideas, ni conformidad de propósitos en sus elementos primordiales. La insolencia del antiguo régimen fué tan grande, que todos, conservadores y radicales, decidimos atajarla. Hasta aquí unidad de negaciones. Pero la diferencia estaba en las afirmaciones.

El partido conservador queria la renovacion de la Monarquía, el partido radical la salud del pueblo; el partido conservador la educacion progresiva de las democracias, el partido radical el advenimiento súbito de las democracias; el partido conservador el derecho escrito, el partido radical el derecho eterno; el partido conservador la libertad, pero poniéndole ciertas limitaciones legales, el partido radical la libertad, pero extendiéndola hasta los mismos límites á donde se extiende la naturaleza humana; el partido conservador las reformas graduales, el partido radical las reformas instantáneas; fuerzas opuestas, enemigas, que creyeron haber firmado en la Constitucion de 1869 un pacto, cuando solo habian firmado una tregua, y que creyeron haber encontrado en la revolucion de 1868 un cáuce donde mezclar sus corrientes, cuando solo

habian encontrado un nuevo campo de batalla donde medir sus fuerzas.

Señores Diputados, ¿qué es la ley por el Sr. Ministro de Ultramar presentada? ¿Qué es esa ley? Una ley doctrinaria, una ley de reforma gradual, una ley de conciliación. Parece imposible que cuando tal principio ha muerto ya en esta Cámara, cuando se levantan contra él la ciencia y la experiencia, todavía haya hombres de Estado, que deben deducir las conclusiones lógicamente de las premisas, todavía haya hombres de Estado que se queden paráliticos y yertos á la sombra de esa idea, tan homicida como la sombra del manzanillo de los trópicos.

Pero se nos dice: «Olvidais que esta ley debe ser una ley de transacciones porque se refiere á la propiedad.» ¡Propiedad! ¿Propiedad de quién? ¿Propiedad de qué? ¿Propiedad cómo? ¿Propiedad con qué títulos? Pues qué, el hombre, el ser inteligente y libre, activo y moral, ¿puede ser propiedad de alguien? Pues qué, si alguien tiene derecho sobre él, ¿no debe él renunciar al ejercicio de sus facultades, al ejercicio de sus miembros, de sus brazos, de su cabeza? Y si no puede ni física ni moralmente hacer esto, ¿cómo exigís lo imposible, cómo estableceis la propiedad, sobre lo que es inapropiable para el amo é irrenunciable en el siervo?

¡Ah Sres. Diputados! La propiedad supone cosa apropiada. Probadme que el negro es una cosa; probadme que es como vuestre arado, como el terron de vuestra tierra, que no tiene ni personalidad, ni alma, ni conciencia. La propiedad es *ius utendi et abutendi*. Luego ¿podeis usar y abusar del esclavo? Luego ¿podeis usar y abusar á vuestro antojo de una imagen divina, de una naturaleza moral, del alma, de la conciencia, del derecho? Si un hombre pueda ser objeto de propiedad, todos los hombres

pueden ser objeto de propiedad. Mañana vienen las grandes catástrofes sociales, que tanto se parecen á las grandes catástrofes geológicas; se cambia el sentido general humano; la piel blanca y el pelo rubio es para aquella sociedad lo que la piel negra y el pelo crespo para la sociedad de las Antillas; y en tal caso, señores, ¿cuál sería la suerte de mi elocuente amigo el Sr. Romero y Robledo? (*Risas.*) No se ría. Los hombres más grandes hoy en el mundo, los ingleses Brighth, Gladstone, Shakespeare y Newthon, descendientes de los antiguos britanos, han sido comprados y vendidos en sus progenitores á las puertas de los templos de Roma. Nuestros montañeses, astures y vascones, preferían morir á ornar el mercado romano. Muchos de ellos abrían los vientres de sus naves y se sumían en las ondas; otros, entonando cánticos patrióticos para apagar el eco del estertor de su propia agonía, lanzaban la última hiel á la frente de sus conquistadores. ¿Cómo podríamos celebrar nosotros estos hechos, que son los grandes títulos de la Pátria, cómo podremos celebrarnos mientras tengamos esclavos en nuestras posesiones?

Si la libertad, si la personalidad del hombre depende solo de las circunstancias, nadie puede asegurarnos que no cambiarán las circunstancias. Espanta considerar el ascenso y descenso de las razas, no solo por externos accidentes, sino tambien por la interna descomposicion de los pueblos. El chino de nuestros ingenios ha sido el hombre más civilizado de la tierra. El ascendiente del cipayo de hoy ha visto nacer los progenitores de los dioses griegos y romanos en aquel oriente de la conciencia universal. Los rusos han sido esclavos de los polacos. El negro de la Nubia ha azotado á los fundadores de nuestra religion, á los israelitas, cuando cocían ladrillos con la cadena al pié, para los Faraones de Egipto. Ninive, Babilonia,

Roma se han levantado sobre la servidumbre de cien pueblos. No hay raza que no haya arrastrado alguna cadena sobre la faz de esta tierra crizada de ignominias. Todo ha dependido de las circunstancias en que las diversas razas se han hallado.

Y cambiando las circunstancias, el medio que nos rodea, temblad todos; temblad entre todos vosotros los que vivís en las Antillas rodeados de razas negras, de colonias negras, de imperios negros, teniendo muy cerca el Africa, Jamáica, Santo Domingo, y cuatro millones de negros en los Estados-Unidos; temblad, no sea que llegue uno de esos momentos en que la cólera divina rebosa y suscita guerras sociales, tras las que vienen las grandes irrupciones; temblad, no sea que entonces los negros busquen vuestras palabras, y con esas mismas palabras justifiquen la esclavitud de vuestros hijos.

Mi principio es la humanidad y el derecho humano. Mi idea fundamental es la justicia. Veo en cada hombre la dignidad de toda nuestra especie. Y á la luz de estos principios, fundamentos eternos de todas nuestras creencias, de todas nuestras ideas políticas, ¿qué es la ley de mi antiguo discípulo, de mi elocuente amigo el Sr. Ministro de Ultramar? ¿Qué es esa ley? Cuantos están aquí habrán recordado aquellas célebres reuniones, en las cuales se pedía la abolición inmediata de la esclavitud. Cuantos están aquí creerán que no adulo á nadie si digo que en aquellas reuniones descollaba por su elocuencia, por la claridad de su palabra, siempre azul y siempre serena, el jóven Ministro que hoy se sienta en ese banco. Pues bien, yo le pregunto: ¿qué ha hecho de esa idea? Yo le pregunto: ¿cómo, de qué manera ha servido á esa idea? Yo le oí con una tristeza inmensa decir el primer día que se levantó: «He satisfecho á los propietarios.» Yo hubiera querido, y ese

era el compromiso del Sr. Ministro de Ultramar, y ese era su deber, yo hubiera querido que esa satisfaccion fuese para los esclavos.

¡Ah, señores! Pues qué, ¿no va á agravar esa ley el mal de la servidumbre? Ese pobre niño emancipado y reducido hasta la edad de 20 años á ser el instrumento del amo, ¿no va á ser oprimido, estrujado, antes que llegue la hora de su libertad? Pues qué, esos pobres, esos desgraciados ancianos, á los cuales un amo avaro ha robado el sudor de su frente, sin peculio, sin protector, sin padres, sin hijos, porque los negros no tienen derecho á conservar sus hijos, ¿no se parecen al esclavo que los romanos consagraban á Esculapio y deponian en una isla del Tíber para que se muriese de hambre?

Yo no conozco épocas más tristes en la historia que las épocas de la abolicion gradual de la esclavitud. Se ha intentado graduar la emancipacion en mil partes y en ninguna ha podido conseguirse. Es una época de incendio, de matanza, de revolucion, de guerra servil. El esclavo que sabe que le han llamado hombre; el esclavo que sabe que es libre, se resiste al trabajo, lucha, forcejea, quiere romper, los hierros de su jaula. El amo que sabe que aquella propiedad va á cesar, oprime al negro con todo género de opresiones, lo estruja, destila todo su sudor sobre la tierra y entrega á la emancipacion solo un cadáver. Vuestra ley no es ley de caridad, no es ley de humanidad; vuestra ley exacerba más la esclavitud. No, no hay términos medios: males tan graves no los consienten; males tan graves se recrudecen con inútiles paliativos; y necesitan para ser estirpados de un cauterio. Ese remedio supremo es la enmienda que he tenido la honra de presentaros; ese remedio es la abolicion inmediata.

Porque, despues de todo, en la abolicion de la esclavitud

vitud hay tres intereses: el interés del propietario que quiere conservar su propiedad; el interés del negro que quiere recobrar su libertad, y el interés de la sociedad que quiere que su órden económico y moral no se perturben. Pues no se ha encontrado el medio todavía de armonizar estos intereses en la emancipacion gradual que propone la ley; no se ha encontrado todavía, no se encontrará nunca.

Temeis que no haya preparacion; deseais una larga preparacion. Despues de todo, Sres. Diputados, hay, existe larga preparacion. Debe saber desde hace mucho tiempo el propietario que la emancipacion se acerca, y debe saberlo el negro. Pues qué, ¿no habeis pronunciado desde aquí palabras que han debido caer en los ingenios? La revolucion de Setiembre, la Junta de Madrid, á la cual pertenecian Diputados de todas las fracciones de la Cámara ¿no dijo en un manifiesto célebre que la esclavitud era un atentado á la conciencia humana, y una mengua para la única nacion que la sostenia en Europa? ¿Y creeis que eso no ha llegado á América? El Sr. Ministro de Ultramar dijo estas palabras: «Hoy todos somos abolicionistas: los antiguos esclavistas se han convertido en abolicionistas graduales: nosotros queremos la abolicion inmediata.»

¿Creéis que eso no ha llegado al negro? Estudiad un poco los movimientos modernos, y vereis que no hay medio de comprender cómo las altas concepciones científicas, ideales, abstrusas, llegan hasta las muchedumbres. La nieve vírgen que envuelve las graníticas cúspides alpestres se llama allá en los profundos valles el Rhin, el Ródano, el Danubio. La idea que ha escrito en su soledad el filósofo del siglo XVIII se llama allá en las profundidades sociales revolucion. Lo cierto es que todo pensa-

miento de emancipacion, de progreso, halla sangre que lo fecunde en las venas del pueblo; lo cierto es que todos los estremecimientos de la sociedad allá en sus cimas intelectuales llegan hasta las tristes y oscuras bases donde yacen todos los desheredados. ¿Cómo se alza el pueblo y pelea por la idea de un sábio desconocido, por esa idea que en su pecho generosísimo es una pasion? Las ciencias naturales expulsan lo arbitrario y lo milagroso del universo; las ciencias filosóficas el derecho divino del espíritu; las ciencias sociales el privilegio de sus fórmulas; el arte sigue á la ciencia y se inspira en las ideas revolucionarias, como los bardos osiánicos templaban sus arpas al son de la tempestad y de la tormenta; la industria sigue al arte, y encadenando los mares con sus cables y los cielos con sus para-rayos, desencadena nuevas fuerzas humanas contra los tiranos; los hechos siguen al arte, á la ciencia, á la industria, y un dia los Borbones de Nápoles desaparecan ante la sombra de un aventurero sublime, y otro dia los Borbones de España pierden en una batalla un Trono de quince siglos; ya vacilan los Bonapartes al oleaje de un plebiscito, ya los Braganzas caen á los piés de los soldados que se llevan pedazos de su dignidad y de su púrpura Real; misteriosas conjunciones entre las ideas y los hechos, entre las ciencias y las muchedumbres, que vienen á probar cómo una institucion se descompone, se deshace por el corrosivo de las pasiones populares, despues de caer muerta sobre el espacio, en cuanto la ha destruido la centella de una idea misteriosamente derramada por todo el espíritu humano. Solo de esta suerte, solo por armonías preestablecidas entre los hechos y las ideas, puede explicarse la emancipacion del pueblo en Europa.

Pues bien, eso mismo, exactamente eso mismo, sucede, Sres. Diputados, con la emancipacion de los negros.

El negro no sabe que en los Parlamentos primeros de Europa se controvierte su esclavitud; no sabe que los más grandes poetas y las más grandes poetisas tañen sus li-
 ras para contar los horrores de la servidumbre; no sabe que los escritores arrancan lágrimas sobre las páginas en-
 cargadas de referir sus horribles dolencias; no saben que ha hablado Lincoln, que ha vencido Grant, que ha muerto
 Brown por ellos; no saben los capítulos que los presu-
 puestos de las grandes naciones tienen consagrados á la
 abolición de la trata; no oirán estas palabras que resue-
 nan en este momento en la tribuna española; pero así co-
 mo el aire lleva el polen fecundante á la palmera bajo cu-
 yas ramas gime, así lleva á la conciencia y al corazón del
 negro el sentimiento de su libertad, signo de su origen
 divino y de la colaboración que ha de prestarnos en la
 obra humanitaria de plantear el derecho sobre la faz de la
 tierra. ¿Podeis detener las reformas? Yo quisiera dirigirme
 aquí, yo quisiera hablar aquí al partido progresista, ex-
 clusivamente al partido progresista. ¿Sabeis por qué?
 Porque desde aquí todos nosotros, yo mismo, todos
 hemos dicho palabras duras, palabras acerbas, palabras
 que tenían, sin embargo, una grande y fundada base
 en nuestra doctrina y en nuestra posición política. Pe-
 ro muchos han desertado del partido progresista porque
 no les parecia bastante reformador. El Sr. Ministro de
 Ultramar, por ejemplo, ¿por qué se ha llamado demó-
 crata? ¿Por qué se han llamado demócratas muchos
 de los que componen esta mayoría? Porque no les gusta-
 ba el paso lento que en el camino de las reformas llevaba
 el partido progresista. Y sin embargo, recojeos un poco
 atended lo que el partido progresista ha hecho, conside-
 rad su obra y comparadla con la obra del Sr. Ministro de
 Ultramar.

El partido progresista, heredero de las antiguas tradiciones municipales, el que bosquejó con las ideas del pasado siglo el espíritu moderno, no tuvo consideración ninguna con las grandes injusticias: pesaba sobre nosotros un absolutismo de trescientos años, y el partido progresista lo rompió con su fuerza; consumía nuestra conciencia la hoguera de la Inquisición, y el partido progresista la extinguió con su soplo; esterilizaban nuestra propiedad la tasa, la vinculación, la amortización, los diezmos, los señoríos, y el partido progresista redimió á la propiedad de aquellas servidumbres; suya es el acta del nacimiento de nuestra libertad, el inmortal Código de 1812; suyo es el primer vagido de nuestra elocuencia que se llama Argüelles, Muñoz Torrero; suya la potente lira en que bramaban las cóleras de nuestro siglo y la voz de nobles aspiraciones largo tiempo comprimidas, la lira de Quintana; suyo el héroe, el gran general que en Luchana y en Morella limpió esta tierra de monstruos, y puso en nuestras manos las armas de las ideas, la tribuna, la prensa; y por eso siempre, cualesquiera que sean sus errores y sus debilidades, cuando vemos al partido progresista bajamos la frente como la personificación de nuestros padres, de todo lo que más hemos amado y respetado sobre la faz de la tierra; y siempre que vemos sus leyes, aunque las tengamos por estrechas y por mezquinas, dado nuestro crecimiento, las saludamos como el hogar sacratísimo en que se meciera la cuna de nuestro espíritu.

Pues bien: ¿qué hizo el partido progresista? ¿Qué consideraciones guardó? ¿Qué sucediera si le hubiese dicho al Rey: tú tienes una gran injusticia, pero la tienes por trescientos años? Te respeto. ¿Qué consideración tuvo con el inquisidor? ¿Qué hizo con los señoríos jurisdiccionales? Los señoríos jurisdiccionales, que no eran la trata; los se-

señoríos jurisdiccionales, que no eran el robo de las almas; los señoríos jurisdiccionales, que no eran el contrabando; los señoríos jurisdiccionales, que no eran esa serie de crímenes que ha conducido tantos esclavos á nuestras Antillas; los señoríos jurisdiccionales, que al fin representaban grandes servicios prestados á la Pátria, fueron destruidos. Y vosotros, progresistas, ¿vais á tener con el negrero más consideraciones que con el sacerdote, que con el Rey, que con los caballeros feudales, al cabo los patriarcas de nuestra nacionalidad, como si el negrero, ese lobo marino, os hubiera llevado alguna vez en sus entrañas?

Yo sé muy bien, porque veo tomar apuntes á los señores Ministro de Ultramar y Alvareda, yo sé muy bien lo que van á decir. Es una la línea de lo ideal, y otra la línea de lo posible. ¿Estará condenada la tierra siempre á que la justicia sea en ella imposible? Ningun hombre de ideal debe ser Gobierno hasta tanto que su ideal sea posible. Yo no lo seré nunca mientras aquí no esté mi ideal completamente realizado; yo no transigiré nunca con los que desconozcan mis principios.

Pero además, yo digo: indudablemente la abolición de la esclavitud va á traer males, los va á traer; es necesario contemplarlos con virilidad, con fuerza, con energía; contemplarlos, sondearlos y aceptarlos; que los que no aceptan el mal, no aceptan tampoco el heroísmo. Pues bien, Sres. Diputados, ¿se pueden comparar los males que vais á traer con la abolición de la esclavitud á los males que conservais conservándola?

No quiero hacer elegías, no quiero conmover vuestros corazones; yo sé muy bien que los corazones de los legisladores suelen ser corazones de piedra. La esclavitud antigua tenia una fuente, al fin heroica, que era la guerra. La esclavitud moderna, la esclavitud contemporánea, tie-

ne una fuente cenagosa que se llama la trata. ¿Comprendéis un crimen mayor? ¿Creeis que hay en el mundo algo más horrible, algo más espantoso, más abominable que el negrero? El mónstruo marino que pasa bajo la quilla de su barco; el tiburón que le sigue, husmeando la carne, tienen más conciencia que aquel hombre. Llega á la costa, coge su alijo, lo encierra, aglomerándolo, embutiéndolo en el vientre de aquel horroso barco, ataud flotante de gentes vivas. Cuando un crucero le persigue, aligera su carga, arrojando la mitad al Océano. Allí los pobres negros no comen ni beben bastante, porque el sustento y la bebida es cara, y su infame raptor necesita ganancia, mucha ganancia. Bajo los chasquidos del látigo se unen los ayes de las almas con las inmundicias de los cuerpos. El negrero les muerde las carnes con la fusta, y el recuerdo de la patria ausente, la nostalgia, les muerde con el dolor los corazones.

El año 1866 un buque negrero iba perseguido por un buque crucero. Llegó á un islote, cerca de las playas cubanas, y arrojó 180 negros. El buque negrero y el crucero dejaron la isla. ¿Sabeis qué sucedió? Los pobres negros no podían poner los piés en la tierra esponjosa, no podían ni siquiera extenderse para descansar; aquella era una verdadera cruz de espinas. Todos murieron de hambre.

¿Cuál sería el espanto, Sres. Diputados, cuál sería el horror de su agonía? No tenían que comer y para beber no tenían más que el agua del mar, no tan amarga como la cólera de los hombres. Murieron unos sobre otros. Imagináos el dolor de los últimos supervivientes. Quizá un hermano vió morir á su hermano; quizá un hijo á su padre; quizá [qué horror] un padre á su hijo. Quizá alguno mordió por hambre carne de su carne, bebió sangre de su sangre, buscando en las venas algun líquido con

que apagar su sed. Y, Sres. Diputados, ¿aún temereis que nuestras leyes perturben las digestiones de los negreros cuando tantos crímenes no han perturbado sus conciencias? (*Aplausos.*)

Seguid, seguid ese calvario. Buscad el negro en la sociedad. ¿Puede haber sociedad donde se publican y se leen estos anuncios? ¿Les daría á leer estos periódicos de Cuba el Sr. Ministro de Ultramar á sus hijos? No puedo creerlo, no se los daría. Dicen: «Se venden dos yeguas de tiro, dos yeguas del Canadá; dos negras hija y madre; las yeguas juntas ó separadas, las negras, la hija y la madre, separadas ó juntas.» (*Sensacion.*) La pobre negra que ha enjendrado á su hijo en el dolor moral, que lo ha parido en el dolor físico, cuando ese hijo puede consolarla, una carta de juego una bola de billar deciden de su suerte. Se juegan las negras, y muchas veces gana uno la madre y el otro la hija, y el juego separa la que ha unido Dios y la naturaleza. Cuando vemos esto, busquemos sin encontrarlas ¡ay! la justicia humana y la justicia divina. El cielo y la conciencia nos parecen vacíos. El negro nace con la marca en la espalda, crece como las bestias, para el servicio y el regalo de otro; trabaja sin recoger el fruto de su trabajo; enjendra esclavos; solo es feliz cuando duerme si sueña que es libre; y solo es libre en el día de su muerte.

El suicidio es hoy, como en tiempos de Espartaco, el refugio de los esclavos. Hay años en que se suicidan en Cuba 400 esclavos. ¡Sres. Diputados, ¡qué horror!

Ahora bien, yo pregunto para tranquilizar á los señores de enfrente, y oidme con atencion, qué esta parte de mi discurso es la más árida: ¿no hay medio de evitar todos estos males? ¿No los habia mayores en otras naciones, y sin embargo han tenido la audacia de abo-

¿Ir la esclavitud? Los dos males mayores que la abolición de la esclavitud trae, son: primero, la desproporción entre la raza negra y la raza blanca; segundo, el menosprecio en que á consecuencia de la esclavitud cae el trabajo. Yo os probaré que ninguno de estos males son temibles en nuestras Antillas. Allí hay desproporción entre la raza libre y la esclava, pero á favor de la raza libre. Y si no, examinad con calma los siguientes datos, que son exactos, porque yo los he fiado al archivo de mi exactísima memoria.

En Jamáica había 322.000 esclavos contra 20.000 libres; gran desproporción. En Barbada había 80.000 esclavos contra 14.000 libres. En la Antigua había 99.000 esclavos contra 10.000 libres. ¡Terrible y pavoroso problema, que sin embargo no impidió la resolución heroica de Inglaterra!

Señores, ¿cuántos libres y cuántos esclavos hay en Cuba? Por nuestro censo hay 300.000 esclavos y 700.000 libres: ¿cuántos esclavos y cuántos libres hay en Puerto-Rico? Por nuestro censo, 40.000 esclavos y 350.000 libres. ¿Qué teméis? ¿Una insurrección de negros? Pues podéis descartar las mujeres, los niños, los impedidos y los esclavos domésticos, que suelen ser dulces en nuestras islas de Cuba y de Puerto-Rico. ¿Cuántos esclavos, después de todo, temibles os quedan en Puerto-Rico? Os quedan 10.000, los 10.000 que cultivan el campo. ¿Y cuántos blancos, ó al menos cuántos libres, hay trabajando junto á los esclavos? Hay, Sres. Diputados, 70.000 hombres libres que han tomado y pagado su cartilla de jornaleros. ¿Qué recelo, pues, podéis tener cuando en Cuba el trabajo libre es igual por lo menos al trabajo esclavo, y en Puerto-Rico el trabajo libre supera en mucho al trabajo esclavo?

Además, ha demostrado la estadística que á medida que ha desaparecido la esclavitud en Puerto-Rico, ha aumentado la riqueza. ¿Cuánto era el comercio de la isla de Puerto-Rico en el año de 1834? Era de 7 millones de pesos fuertes. ¿Y cuánto era el comercio de Puerto-Rico en 1860? Era de 13 millones de pesos fuertes. La esclavitud habia disminuido, la riqueza se habia aumentado; luego la riqueza va en proporción inversa de la esclavitud.

Además, en Puerto-Rico la propiedad se halla muy dividida; en Puerto-Rico no hay grandes propietarios; en Puerto-Rico existen frutos que se llaman mayores y menores, cuestión que ha dilucidado un publicista distinguido, perteneciente á la fracción democrática, cuya ausencia de estos bancos, yo he lamentado muchas veces, el Sr. D. Rafael María de Labra. Los frutos mayores, que exigen mayor trabajo, constituyen la décima parte de la riqueza.

Pues bien, señores, indudablemente por estos datos se deduce que no hay un peligro, ni político, ni social, en la abolición inmediata, simultánea, de la esclavitud en Cuba y Puerto-Rico.

¡Y la situación moral de Cuba y de Puerto-Rico es verdaderamente horrible! La situación moral de Cuba y de Puerto-Rico necesita un remedio radicalísimo. Y no hay otro remedio más que la abolición inmediata y simultánea de la servidumbre. La abolición inmediata y simultánea la pidieron los comisionados de Puerto-Rico elegidos en tiempos reaccionarios, bajo la administración de Narvaez. Los comisionados de Puerto-Rico dieron un dictámen que será su honra, su gloria, dictámen que en el porvenir será colocado junto á la declaración de los derechos del hombre, en el 4 de Agosto de 1789. Todos eran

propietarios, y todos pedían la abolición inmediata y simultánea con organización del trabajo ó sin organización del trabajo, con indemnización ó sin indemnización. Yo me lamento de que, después de la revolución de Setiembre, ninguno de aquellos varones se haya sentado en estos bancos. Yo no sé por qué no habrán venido aquí todos ellos, cuando tantos títulos tenían á la consideración de Puerto-Rico y á la consideración de la Pátria.

Vinieron, decía, los comisionados de Puerto-Rico, y presentaron un luminoso informe, en el cual no sabemos qué admirar más, si la copia de noticias, ó la abnegación sublime con que, siendo en su mayoría propietarios de esclavos, demandaban la abolición simultánea, inmediata, con plazo ó sin plazo, con indemnización ó sin indemnización. Allí recordaban que la esclavitud había sido la obra del derecho civil y que su ruina debía provenir del derecho público. Efectivamente; así que el espíritu universal, humano, de los estóicos penetró en el derecho antiguo, la esclavitud comenzó á vacilar sobre su base de crímenes. El derecho civil establece las relaciones particulares, y el derecho público las universales. No puede el interés privado sobreponerse al derecho humano.

Allí demostraban que no debía atribuirse exclusivamente á España la introducción de la esclavitud en América. Efectivamente, aquellos extranjeros que vinieron aquí con Carlos V á traernos el absolutismo cesáreo, fueron á Puerto-Rico y Cuba á llevar la negra servidumbre. La codicia del oro, la ausencia del trabajo libre y el sistema prohibitivo acabaron de perpetrar y eternizar el crimen. Hoy no tiene más fundamento ese crimen que el miedo á la ruina económica de la isla. Pero ni siquiera ese miedo puede aducirse válidamente en Puerto-Rico. La raza esclava ha decrecido, y la libre se ha aumentado.

Esta disminucion del trabajo servil ha aumentado la prosperidad de la isla. Ante esta consideracion caen hasta los argumentos de los utilitarios. Ante esta reflexion, comprobada por innumerables datos, no hay excusa. La necesidad obligaria al negro á trabajar, como obliga al blanco. ¿Puede, pues, correr peligro la riqueza? No. Aunque se resintiera un poco la produccion del azúcar, el azúcar no es ni la sexta parte de la produccion total de la isla. Y despues de todas estas reflexiones pedian la abolicion inmediata y simultánea de la esclavitud. Permitidme, señores Diputados, consagrarles á aquellos ilustres varones un elogio, al cual se asociará sin excepcion en sus elevados sentimientos toda la Cámara. Desde la renuncia de los señores feudales á sus privilegios en la Constituyente francesa, no se ha vuelto á ver abnegacion tan sublime. El patriciado colonial no ofrece en ninguna parte ese ejemplo, ese gran ejemplo.

Yo deploro que esos comisionados no hayan venido aquí; yo lo deploro desde lo más profundo de mi alma. No describirian ellos como un idilio la esclavitud; no darían por gran reforma el vientre libre, y por un heroismo digno de la epopeya la renuncia al fruto de ese vientre; no se burlarian ellos de la filantropía inglesa, que ha consagrado escuadras á la abolicion de la trata y miles de millones á la abolicion de la esclavitud; y no nos pedirian ellos á nosotros que para dar prueba de caridad, fuéramos á reemplazar á sus siervos y á sufrir sus latigazos en el ingenio, cuando nosotros podemos libertarlos á todos con nuestra palabra y nuestros votos.

Pero yo quisiera que algunos de los que defienden la abolicion gradual me dijeran en qué punto del mundo la abolicion ha podido ser gradual. Se ha intentado muchas veces; pero han tenido que convertirla en inmediata. Y

vamos á la prueba, porque en los partidos conservadores y doctrinarios no hay argumentos tan fuertes como los argumentos de experiencia, los argumentos históricos.

Era, Sres. Diputados, contando por nuestro Calendario republicano, que tambien nosotros tenemos Calendario; era el 16 Pluvioso del año segundo de la República francesa. La Convencion se hallaba reunida, aquella cúspide de la conciencia humana, donde todo era grande, el ódio y el amor, como en las altas montañas son grandes las alturas y grandes los abismos. Un hombre, un esclavo, un negro, se habia arrastrado desde el fondo de su ergástula hasta la cima de la Convencion francesa. Era Diputado, y encarándose á la Asamblea le dijo: «Yo pertenezco á una raza sin conciencia, sin pátria, sin hogar, sin dignidad, sin familia, y vengo á refugiarme, vengo á traer esa raza á la sombra de los derechos por vosotros tan admirablemente proclamados. Vuestros derechos humanos (como se llamaba entonces á los derechos individuales), vuestros derechos humanos son mentira, vuestra libertad es mentira, vuestra igualdad es mentira, mientras consintais la esclavitud de los negros. Levasseuc se levantó á apoyar aquella peticion del esclavo. La Asamblea vaciló, como vacilan todos esos grandes cuerpos colectivos cuando van á pasar una de las líneas misteriosas que dividen los hemisferos del tiempo.

Lacroix dijo: «Es verdad: declarando la libertad de los franceses, nos hemos olvidado de la libertad de los negros, olvido que no por involuntario deja de ser criminal. Solo podemos repararlo declarando ahora mismo la libertad de los negros.» La Asamblea volvió á vacilar, y entonces Lacroix gritó: «Pido á la Convencion que i no se deshonoré prolongando este incomprendible debate.» Y se levantó Danton, el hijo de la Enciclopedia, la personifi-

cacion más genuina de su tiempo, el gigante de la idea y de la acción, la energía revolucionaria, la vida de un siglo condensada en una conciencia; el hombre que, como el Etna, llevaba en su frente el fuego que salía de las entrañas de su corazón, y el fuego que en aquella época tormentosa bajaba de las tempestades del cielo. Danton dijo: «Vuestra libertad es una libertad egoísta mientras no la extendáis á todos los hombres. Extendedla, y entonces será humana. Pido, pues, que anunciemos al mundo la emancipación de todos los esclavos.» Los Diputados, magnetizados con estos pensamientos, se levantaron como un solo hombre, y extendiendo los brazos al cielo como si quisieran tomar á Dios por testigo de su resolución, abolieron unánimes la esclavitud de los negros. Un grito jubiloso resonó en las tribunas. Este grito se comunicó á los alrededores de la Asamblea. Parecía que la conciencia humana respiraba al descargarse de un gran remordimiento, de un gran peso. Las puertas de la Convención se abrieron como si las agitara misteriosa mano. Los negros residentes en París invadieron el recinto y abrazaron llorando á sus redentores. Aunque la Convención hubiera cometido más crímenes, las lágrimas del pária redimido, del eterno Espartaco emancipado, del siervo hecho hombre; aquellas lágrimas que condensaban la gratitud de todas las generaciones venideras y la bendición de todas las generaciones muertas que traspasó el clavo vil de la servidumbre, esas lágrimas bastaban á borrar todas las manchas de sangre. (*Aplausos.*)

Pero nos decía el Sr. Romero Robledo en tardes anteriores: «No olvidéis la catástrofe de Santo Domingo.» ¿Y qué es la catástrofe de Santo Domingo? ¿Pues hay argumento más valedero en favor de nuestra idea? ¿Puede darse apoyo más grande para el decreto de la inmediata abo-

cion de la esclavitud? Atiéndame el Sr. Romero Robledo con su clara inteligencia, y reflexione un instante. En Santo Domingo existian 500.000 esclavos y 20.000 libres. Los 20.000 libres vivian la vida muelle, ociosa, del patriarcado colonial; los 500.000 esclavos vivian la vida indiferente y brutal de la servidumbre. Habia entre aquellas dos razas otra intermedia, hija de los vicios de los blancos; habia los mulatos. Sus padres no los vendian. Les habian riquezas; pero no dignidad ante las leyes ni ante las costumbres. Vino la revolucion francesa; los negros no sintieron nada. Aquella tempestad no penetró en su pesada, en su bituminosa atmósfera. Los blancos se dividieron, decidiéndose unos por los Borbones, otros por la revolucion. Los mulatos dijeron: «Esta es la hora de nuestra emancipacion y de nuestra dignidad.» Varios comisionados fueron á París, y hablaron con Lafayette y con Mirabeau. Los amigos del género humano propusieron á la Constituyente este decreto: «Todos los hombres libres tendrán los mismos derechos civiles,» y fué aprobado. Nada se habló de esclavitud. Este problema quedaba remitido al aliento de la Convencion. ¿Sabeis cómo recibieron los blancos la igualdad de derechos con los mulatos, sus hijos? El decreto fué rasgado; los mulatos, que pedian su cumplimiento, ahorcados; y el comisario de la constituyente descuartizado, hecho cuatro pedazos, y cada uno de estos pedazos llevado á cada una de las cuatro principales ciudades de la isla. ¿Y qué sucedió? La guerra social, la más terrible, la más cruenta de las guerras. ¿Quién salvó á Santo Domingo; quién lo conservó para la república, para la Convencion, para la Francia? Los negros emancipados, sobre todo un negro, Louverture, á quien cierto célebre escritor sajón del siglo XIX ha llamado guerrero más experimentado que Cromwell y polí-

tico más eminente que Wasghinthon, colocándole sobre todas las glorias de su raza. Pero, Sres. Diputados, ¡desgracia de las desgracias! ¡La república murió! ¿Y qué sucedió después? Hubo un dictador que quiso levantar el altar y el Trono; y este dictador, para libertarse del ejército republicano que tenía sobre el Rhim, lo envió á Santo Domingo á que, semejante á los ejércitos de Xerges, de Ciro y de Darío, restaurase la esclavitud, ¡él! que habia vencido en cien campañas á los ecos del himno de la Marsellesa; ¡él! que habia peleado por los pueblos y difundido las ideas humanitarias en las naciones; ¡él! que se creia de la legion eterna del progreso: ¡locuras de los déspotas!

Señores, Napoleon quiso poner sobre el altar y el Trono restaurados dos ofrendas; y horrorizáos, puso la restauracion de la trata con la restauracion de la esclavitud. Cuando Louverture vió las naves francesas, y supo que iban á cazar á los negros para encerrarlos en los ingenios y arrebatarles su libertad y su familia, se levantó y exclamó: «¡Hijos míos, la libertad que habíamos recibido de Dios, viene Francia á quitárnosla! Es nuestra propiedad, y no consentiremos que se nos despoje de ella. Defendéos; destruid las ciudades, talad las cosechas, incendiad los bosques, envenenad las fuentes, para que sepa el mundo un dia que el ejército que vino á quitarnos la libertad, vino tambien á traer en su lugar el infierno.»

¿Qué haríais vosotros? No sois hombres si no hiciéseis lo mismo, tratándose de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestros hermanos; de vuestro derecho á la honra, á la vida, á la dignidad. ¿Así se vuelve á encerrar el esclavo libre? ¿Qué significan si no los nombres de Daciz y Velarde? ¿Qué significa si no Gerona y Zaragoza? Un dia Luis XIV quiso dominar la Holanda: Guillermo de Orange mandó destruir los diques y que la Holanda se sumer-

giera en el Océano. Moscow, Zaragoza, recuerdan suicidios sublimes de los pueblos. ¿Por qué considerais estas como acciones heroicas, y considerais como crímenes las mismas acciones en los negros? No es posible olvidar tampoco cuánto habia de delirio en el intento de restaurar la esclavitud. Si el incendio consumió los bosques; si la sangre tiñó las aguas; si las ciudades fueron montones de cadáveres; si el ejército francés desapareció como un ejército de sombras en aquel abismo de horrores; si los perros, ornados de cintas por las tiernas manos de las damas blancas, cazaron y comieron negros; si esas mismas damas en su desolacion y en su hambre devoraron los perros que habian devorado á los negros, los perros engordados con carne humana; la culpa es de Napoleon, del que restauró el Trono, el altar, la trata, la esclavitud; no bastante castigado en Santa Elena, si la conciencia no le recordaba á cada minuto estos crímenes; no bastante castigado, si los millones de hombres que segó en pútridos campos de matanza, para saciar su ambicion, no le persiguen con sus balaridos en las regiones de la muerte, reparando con el azote de remordimientos infinitos los ultrajes hechos por la fuerza brutal á la conciencia humana.

Pero sé bien vuestro argumento. Vuestro argumento es: las razas latinas son revolucionarias; las razas sajonas, reformadoras, y el ejemplo que debemos seguir es el ejemplo de las razas sajonas. Yo, Sres. Diputados, declaro, confieso que las razas sajonas han hecho gradualmente, con especialidad en Europa, sus reformas. La reforma religiosa, por ejemplo, hablo de la reforma religiosa contemporánea, comenzó con O'Connell y ha concluido con Gladstone; la reforma electoral comenzó con Rusell y se perfeccionó con D'Israeli; la ley de cereales comenzó con Cobden y terminó con Peel. Pero ¡y la esclavi-

tud! ¿Cuántos portentos hicieron los ingleses para conseguir su ley de abolición gradual? En la servidumbre hay dos crímenes: la trata, y la esclavitud propiamente dicha. Se necesita destruir la trata y destruir la esclavitud. Treinta años se necesitaron para la primera reforma, que se propuso en 1793 y se realizó en 1823. El 15 de Mayo de 1832 se presentó el proyecto de abolición gradual; se trató de que los negros sirvieran como de aprendices, que criaran familia legítima, que reunieran algún pequeño peculio; se delineó así el boceto de su personalidad. Pero ¿qué ocurrió? Que fué imposible, completamente imposible, sostener aquella especie de transacción; y al año siguiente, en la misma fecha, fué declarada la abolición inmediata.

Inglaterra, esa nación que nosotros llamamos utilitaria y egoísta, Inglaterra consagró 2.000 millones de reales al rescate de sus esclavos: su imperio se destruirá en el mundo; pero esta fecha de la historia inglesa y esta acción inmortal irán creciendo de día en día, y de siglo en siglo, á medida que crezca en ideas de justicia la conciencia universal.

Yo quiero presentaros otro ejemplo de un propósito decidido de realizar la abolición gradual, teniendo que concluir por establecer la abolición inmediata. Yo quiero presentaros, Sres. Diputados, el ejemplo de América.

Cuando la historia de la Edad Media concluía; cuando el mar comenzaba á ser nuestro por la brújula, y el tiempo nuestro por la imprenta, y el cielo nuestro por el telescopio, un hombre sublime, poeta, artista, sacerdote, Colon, desde una carabela, y más que desde una carabela, desde la nave de su fé, miraba los celajes del mundo con que soñaba su mente, y veía una luz incierta descubriéndole la tierra. Aquella luz que temblaba delante de Co-

lon era la estrella de un Nuevo Mundo, el cual se levantaba en los mares como una segunda creacion para el hombre regenerado por la libertad y por el crecimiento de su conciencia necesitada de nuevos y más dilatados espacios.

Pero, señores, ¡cuán grande, cuán terrible será la esclavitud, cuando á pesar de los horrores que encierra, se quedó como una raíz venenosa en América, en la tierra de la democracia! Los puritanos son los patriarcas de la libertad; ellos abren un nuevo mundo en la tierra; ellos abren un nuevo surco en la conciencia; ellos crean una nueva sociedad. Y sin embargo, cuando la Inglaterra quiso dominarlos y vencieron, triunfó la república, y quedó perenne la esclavitud. Washington no puedo hacer más que emancipar á sus negros. Franklin decia que los ingleses de Virginia no podian invocar el nombre de Dios mientras tuvieran la esclavitud. Jay decia que todas las plegarias que enviaba al cielo América, pidiendo la conservacion de la libertad, eran, mientras existiese la esclavitud, verdaderas blasfemias. Mason se entristecia y lloraba al contemplar cómo pagarian sus hijos este gran crimen de la pátria. Jefferson trazó la línea donde debia estrellarse la negra ola de la servidumbre.

Sin embargo, Sres. Diputados, crecia, crecia y crecia la esclavitud. Yo quiero que os pareis un momento á considerar al hombre que lavó esa gran mancha, en la cual se perdian las estrellas del pabellon americano; yo quiero que os detengáis un momento, porque aquí se ha invocado su nombre, su nombre inmortal, para perpetuar la esclavitud. ¡Ah! No tiene el siglo pasado, no tendrá el siglo del porvenir una figura tan grande, una figura igual, porque á medida que el mal se acaba, se acaba tambien el heroísmo.

decían que para ellos no había venido Cristo, puesto que eran de la raza maldita, de la raza de Cam, tienen hoy templos donde espaciar sus almas. Aquellos hombres, casi mulos de carga, tan desgraciados como los reptiles que se arrastran por el algodón y por la caña, son hombres libres, son ciudadanos americanos, se sientan en el Congreso y en el Senado de Washington. Los Estados- Unidos no han querido reconocer como miembros de la federación á aquellos Estados que á su vez no han reconocido la libertad y la igualdad de los negros.

Me habláis de leyes excepcionales. Muchas habeis dado para sostener la influencia de los sacerdotes y la tiranía de los Reyes. Os consiento excepciones si me presentais 4 millones de bestias convertidos en 4 millones de hombres.

Pero repetís, y repetís siempre, que esa no es nuestra raza. ¡Siempre, siempre Sres. Diputados, siempre el argumento fatal de la diferencia de raza! Hay, sin embargo, una parte de la raza latina en el mundo, á la cual si la consideran algunos tan grande ó más grande que la nuestra para llevar á cabo todás las obras sociales, todavía no he podido comprender, todavía no me ha convencido la historia de que esa parte de la raza latina sea superior á la española para plantear la libertad y arrojar de sí los males de la esclavitud.

Me refiero, Sres. Diputados, á la raza francesa: yo creo que tiene más apego al cesarismo, más instintos demagógicos, más culto al Estado que ningun otro pueblo: yo creo que Francia, que quiere la libertad, tiene los tres males de todos los pueblos latinos en más alto grado que nosotros. No quiero ofender á ningun pueblo, menos cuando voy á alabarle, y menos cuando es el pueblo francés, á quien admiro tanto.

En Francia vino la república en 1848. No sé por qué, permítasele este desahogo á mi corazon republicano, no sé por qué, siempre que hablo de alguna infamia, se mezcla á ella la palabra restauracion, la palabra Monarquía; y siempre que hablo de libertad, siempre que hablo de alguna reforma, siempre que hablo de alguna idea grande, se mezcla esta palabra: república. Lo cierto es que la república del 48 hizo esta otra gran accion. Yo he visto el hombre que personificaba aquella gran república; yo he visto á Ledru Rollin en el destierro. Veinte años de desgracia no habian logrado encorvar su frente ni debilitar sus fuerzas; se parecia á la encina bajo la cual pasan los huracanes y los siglos sin conmoverla. Y aquel hombre se me quejaba de ser muy duramente juzgado por sus contemporáneos, porque siempre, siempre, el mundo se apasiona de la victoria, y siempre se llama error, traicion, torpeza por los cortesanos de la fortuna á la desgracia y á la derrota. Pero recuerdo que me dijo: «El 24 de Febrero de 1848 triunfó la república, y en 7 de Marzo se habia reunido la comision que debia proponer la abolicion de la esclavitud en Francia.»

¡Qué gloria para ellos! Y despues de dos años se presenta aquí ese proyecto. ¡Qué vergüenza para nosotros!

Allí hubo más oposicion que aquí: yo quiero que me presentéis las exposiciones de Barcelona, de Santander, de Cádiz, de Sevilla que protesten contra la abolicion. Allí todas las ciudades mercantiles, todas protestaron. Yo quiero que me digáis qué propietario de negros ha venido aquí á sostener la necesidad de la esclavitud. Los propietarios de negros franceses no cesaron de reclamar; ¿y qué sucedió? Que pedian plazos, que pedian la abolicion gradual. En tiempo de Luis Felipe, en tiempo de la casa de Orleans, nada se pudo lograr á favor de los esclavos, de

los negros, como no se lograría aquí nada bajo la Monarquía democrática. En vano Lamartine pronunció sus magníficos discursos; en vano Breglie presentó sus estudiadas Memorias; nada pudo conseguirse.

Pero ¿qué sucedió con la república? Los propietarios de negros querían preparacion; no la hubo: querían indemnizacion prévia; la tuvieron posterior: no se contentaban con 1.500 francos; aceptaron 500: creían que era necesario establecer los patronatos; no hubo patronatos: pedían la tutela perpétua para el negro; no hubo tutela de ninguna clase: dudaban, en fin, si los esclavos eran hombres, y se encontraron un día que eran sus iguales, que eran sus conciudadanos.

¿Y qué sucedió? En el período de la emancipacion, alguna perturbacion. ¿Acaso nos ha costado poco á nosotros la redencion de la esclavitud de los blancos? Pero más tarde, hoy, ninguna; antes al contrario, la prosperidad y crecimiento de la riqueza, la paz, el órden, la raza blanca confundida con la raza negra, y todos bendiciendo el advenimiento de la república, y felices á la sombra de la misma ley.

Volved, señores, los ojos hácia lo que sucede en América. Yo no hubiera creído que en Cuba hubiese insurreccion: en mi sentido humano, en mi criterio humano, Sres. Diputados, todavía tiene Europa que cumplir grandes destinos en América, destinos de fraternidad, destinos de solidaridad; y todavía importa que esos destinos los cumpla la Nacion que es como un mediador plástico entre el Viejo y el Nuevo mundo, la Nacion española. Pero yo en mi angustia patriótica; en el presentimiento que tenía de las dificultades con que había de tropezar la revolucion, yo les decía á mis amigos en el destierro, y algunos de ellos lo recordarán, que en el momento de la

libertad, vendría una insurrección en Cuba, como consecuencia fatal de la política allí seguida. Si damos libertad á blancos y negros, decía yo, se insurreccionarán los reaccionarios y los negreros: si no la damos, si resistimos, si aplazamos la reforma, entonces se insurreccionarán los criados cerca de los Estados-Unidos, los que guardan la idea de libertad en su conciencia, los reformadores, los revolucionarios.

Esto era indudable; había que escoger entre una ú otra insurrección: ¿por qué, revolucionarios de Setiembre, habéis escogido la catástrofe que nos separa de la Europa y de la América, la guerra, la guerra del colono que necesita derechos, la guerra del negro que necesita libertad?

Y, señores, menester es decirlo, está en la conciencia de todos: en la guerra de Cuba, por una y otra parte, se cometen excesos; nadie está limpio; ni los insulares ni ni los peninsulares, nadie. La guerra de Cuba se hace con extraordinario valor, pero también con una ferocidad extraordinaria. ¿No veis algo de los errores que siembra la servidumbre? ¿No veis algo de esa despiadada naturaleza que se adhiere allí donde crece el esclavo, á su ergástula? Esa lluvia de sangre es la condensación de las gotas arrancadas por el látigo á las espaldas del negro; es la expiación de nuestro delito nacional.

Desde esta tribuna, yo, español, protesto contra la cólera de los españoles; yo, republicano, protesto contra la cólera de los republicanos: ni unos ni otros, al hacer esa guerra tan cruel, han merecido bien de la humanidad, bien de Dios: yo conjuro al Gobierno para que restañe esa sangre, para que cierre esas heridas.

Cuando una tierra lleva sobre sí esas grandes maldiciones, la cólera divina llueve sobre ella torrentes de mal-

diciones. ¡Hermosa Cuba, riquísima Cuba! suele decirse. Lo es; pero la servidumbre demuestra que con ella son incompatibles la libertad y la justicia. Un senador se levantó en la Cámara alta, en sesión que presidía el general, hoy Regente del Reino, y dijo estas palabras sin que aquel general las desmintiera: «Cuando era capitán general de Cuba cogió varios alijos de bozales, y en cumplimiento de la ley los emancipó. Pues cuando aquel general salió de Cuba, delante de las autoridades, delante de la Audiencia, delante de los magistrados, delante de la ley, aquellos bozales, que él había declarado libres, fueron reducidos á la esclavitud, fueron reducidos á la servidumbre.»

Señores, el general Pezuela declaraba que en ocho meses había cogido él solo 4.000 esclavos de contrabando. Y contaba una cosa que es verdaderamente horrible; una cosa que hace estremecer la conciencia. Iba á su tertulia un comensal, y este comensal apostó á que entraba negros en la isla de Cuba sin que el general lo supiera. El general le dijo que no lo haría. Lo hizo; tomó su caballo, sus monteros, ó como se llamen, se fué á la costa, trajo los negros; cayeron éstos en las manos de la autoridad, y el negrero en la cárcel.

Pero, Sres. Diputados, reflexionad un poco, considerad un poco. ¿Qué diríamos si un comensal, si un son-tertulio del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, del Sr. Ministro de la Gobernación, del Regente del Reino, fuese y dijera: «Le apuesto á Vd. á que ahora mismo voy á cometer un asesinato ó un robo sin que nadie me vea.» Esto prueba, y no quiero hacer más consideraciones, esto prueba hasta qué punto pervierte la esclavitud á la conciencia humana.

Señores, en el año de 1856 el capitán general cogió 2.000 negros de contrabando, y la estadística inglesa

acusó que debieron entrar 10.000. ¡Ah, cuántas veces Lord Aberdeen ha dicho que no cumplíamos los tratados internacionales! Es verdad. Fernando VII cometió una grande estafa real. Tomó 40 millones para impedir la trata, y los consagró á comprar una escuadra rusa, escuadra rusa que se tragó el mar. Esa infamia no cae sobre la Nación. La Nación española es generosa; la Nación no tiene nada que ver con los crímenes y con las bajezas de aquel hombre.

Pues bien, el cálculo de Lord Russell, y ya saben los Sres. Diputados que los ingleses son peritos en números y en estadísticas, el cálculo de Lord Russell es que desde el año de 1834 han entrado 30.000 negros anualmente en la isla de Cuba. Decid, Sres. Diputados: ¿qué magistrados teneis allí, qué leyes imperan allí, qué hay allí, cómo se pueden entrar millares de hombres sin que los magistrados lo sepan; cómo no se averigua si existen esos bozales, cuando los bozales recién desembarcados no saben hablar nuestra lengua; qué policía es la vuestra; qué Audiencias son las vuestras; qué leyes son las vuestras?

No, no os hago responsables; ese es el mal de la esclavitud. Esclavitud y libertad, esclavitud y moralidad, esclavitud y religion, esclavitud y familia, esclavitud y conciencia, son términos incompatibles.

¡Hermosa, rica Cuba! Su clima es una primavera perpétua; su campo un vergel interminable; cada planta se corona con una guirnalda; cada arbusto parece un ramillete; la caña que destila miel retoña hasta ocho veces; los cafetales y las vegas de tabaco no tienen fin; junto á las anchas hojas del plátano eleva la palmera real su sonora corona; el banano y el cocotero ofrecen frutos que satisfacen el hambre y apagan con su frescura la sed; no hay en la tierra un animal venenoso, y hay en los aires coros

de sinsontes que elevan una sinfonía infinita á los cielos, esmaltados por todas las sonrisas de esa maga que se llama la luz tropical; pero no hay libertad; pero no existen las primeras garantías de los pueblos; pero unos se educan en la democracia de los Estados-Unidos, mientras que otros confunden la Pátria con el antiguo absolutismo español; pero los criollos reniegan de los españoles sus padres, y los españoles maldicen á los criollos sus hijos; pero el negro gime en el ingenio, en el cepo, con la argolla al cuello y al pié, con el látigo sobre la cabeza, imagen de Dios confundida con las bestias; pero los asiáticos, los chinos, engañados en sus esperanzas, reducidos á una servidumbre insufrible, se cuelgan á racimos de los árboles y llevan en sus labios con las señales de la agonía las señales de la horrible burla que con su suicidio han hecho de sus amos; pero entre aquellas costas, el negrero luchando con el crucero; la guerra en todas partes, la guerra interminable, infinita, porque en todas partes se despliega la fuerza devastadora, el espíritu corrosivo de ese crimen que se llama servidumbre.

No hay más que un medio de evitar estos males: abolir la esclavitud. ¿Es cierto, es verdad que nuestra raza no tenga aptitudes para realizar este gran problema de la abolición de la esclavitud? ¿Pues qué son, qué vienen á ser todos, absolutamente todos los pueblos que han fundado repúblicas en América, fuera de los Estados-Unidos? Son pueblos españoles; y estos pueblos, ¿cuándo han abolido la esclavitud? Pues es muy fácil saberlo: Bolivia en 1826, Perú y Guatemala en 1827, Méjico en 1828, Nueva-Granada en 1849, Venezuela en 1853. Monagas quiso hacer la abolición gradual; no pudo, y tuvo que decretar la abolición inmediata. Por consiguiente, nuestra raza, nuestro propio espíritu, nuestra propia conciencia,

han abolido la esclavitud. ¿Y no queréis, cuando contáis con esos ejemplos, que se declare hoy abolida instantánea, simultáneamente, por España en las Antillas?

En los pueblos hermanos nuestros nunca hubo para esta reforma las dificultades que en los Estados-Unidos. Ya una, ya otra de esas naciones, en algun día fausto para ellas, colgaban las cadenas de sus siervos en los altares de la patria. Y los dueños, por la patria, renunciaban á la indemnizacion. Ya que tanto de nuestra raza se maldice, permitidme que le consagre aquí el tributo merecido á su generosidad y á su abnegacion. Resolver sin dificultad un problema tan grande es una gloria sin término.

Por lo visto en los periódicos, porque yo no estoy en los secretos del Gobierno, me parece que el proyecto del predecesor que tuvo en ese banco el Sr. Ministro de Ultramar era mucho más radical. Sí, al fin y al cabo, aquel proyecto por lo que hace á Cuba se parapetaba detrás del estado de guerra; pero no habiéndola en Puerto-Rico, emancipaba á los negros en nueve años. En los tres primeros pagaban el 20 por 100 de su jornal: en el segundo trienio pagaban el 30 por 100; en el tercer trienio pagaban el 50, y á los nueve años no habia esclavitud. En cambio, si se sacan las lógicas consecuencias del proyecto del Sr. Ministro, al cabo de sesenta años habrá todavía esclavitud en Cuba y en Puerto-Rico.

No, no podemos, de ninguna manera podemos, señores Diputados, dejar de votar la enmienda que yo he presentado, enmienda que pediré que se vote nominalmente.

Pues qué. ¿no hay aquí grandes compromisos? Yo creo que el hombre público, mientras no es Diputado, debe hablar en el *meeting* ante los electores y en la prensa. ¿Viene á ser Diputado? Pues debe repetir aquí, si es

posible, las mismas palabras que ha dicho fuera de aquí; y luego si es Ministro debe poner á la cabeza de las leyes que proponga, los discursos que aquí haya pronunciado.

Así se elevan al Gobierno los hombres de Estado en los pueblos libres. Yo no me creo elevado aquí á este alto puesto por lo que soy, ni por lo que valgo; yo me creo elevado á este alto puesto, que estimo en mucho, por lo que fuera de aquí he dicho; yo repito aquí lo que he dicho fuera: yo jamás iría á ese banco (*Señalando el ministerial*) sino practicando lo que he dicho aquí.

Yo me acuerdo de que el Sr. Ministro de Fomento, que no se halla presente, entusiasmaba á las muchedumbres con su pintoresca elocuencia, reivindicando la abolición inmediata. ¿Por qué, pues, no ha de votar mi enmienda?

Yo recuerdo que el Sr. Ministro de Hacienda, que tiene tan fino escalpelo, disecaba con ese arte de la realidad que le distingue, los sentimientos del corazón, y hacia estremecer á todos los que le escuchaban con la descripción de los horrores de la esclavitud y pedía también la abolición inmediata. ¿Por qué no ha de votar mi enmienda? Del Sr. Ministro de Ultramar no quiero decir nada, porque no quiero ser demasiado insistente en mis reconvenções. Pero está moralmente obligado á votarla.

Ahora bien: grupos de esta Cámara, ¿no tenéis todos el sentimiento de humanidad? ¿Y en qué consiste este gran sentimiento que distingue á los pueblos modernos de los pueblos antiguos? Consiste en ponerse en la condición de aquellos que lloran, de aquellos que padecen. Acordémonos los que tenemos hogar de los que no lo tienen; acordémonos los que tenemos familia de los que carecen de familia; acordémonos los que tenemos libertad de los que gimen en las cadenas de la esclavitud.

Y si desciendo á cada grupo en particular, ¿qué quiere decir partido conservador? Quiere decir partido de estabilidad. ¿Y qué quiere decir estabilidad? Que no se funden las instituciones sobre arena, sino sobre sólidos cimientos, para que no las conmuevan ni el huracan, ni el terremoto. ¿Y cómo fundareis vuestras instituciones en sólidos cimientos si admitis la abolicion gradual? Al admitir ese principio, admitis la guerra servil. Partido conservador, en nombre del órden, en nombre de la estabilidad social, vota la abolicion inmediata.

En cuanto al partido progresista, yo no puedo creer, no le hago la ofensa de creer que deje de votar mi encomienda. Es el partido que se ha dado á sí mismo el nombre del progreso indelinido; y ¿podrais marchar hácia adelante mientras tengais al negro esclavo en vuestras colonias? Con esa carga solo se va al retroceso y á la muerte.

¿Y qué diré del partido democrático? Dudar un momento seria ofenderle. El Sr. Ministro de la Gobernacion, que durante tanto tiempo ha sido su jefe, dedicó su primer discurso aquí á una cuestion política; lo dedicó á la emancipacion de las Antillas. No me dirá que no, porque ya sabe que conozco y que he seguido toda su historia. Pues qué, ¿puede haber en las Antillas libertad, legalidad, justicia, derechos y emancipacion para los blancos, mientras existe la esclavitud de los negros? No; la palabra no puede resonar allí donde se oye la cadena: el pensamiento humano no puede vivir allí donde la libertad no existe.

De los republicanos no hablemos. Nosotros tenemos la honra de unir la gran causa de la emancipacion de los negros á la nobilísima causa de la república.

¡Ah, Sres. Diputados! Acordáos de que la esclavitud moderna; acordáos de que la esclavitud contemporánea.

es mucho más horrible que la esclavitud antigua. Al cabo, los antiguos la fundaban en una razón metafísica, en la inferioridad de ciertas clases.

Para Aristóteles los hijos eran una línea, los padres otra línea y los esclavos otra línea del triángulo que se llamaba familia. Platon, más humano y más conocedor de las ideas universales, admitía, sin embargo, ciertas clases condenadas á eterna esclavitud. Allí especialmente, en Roma, la esclavitud tenía una parte horrible, la parte de aquellos esclavos cazados en los bosques, conducidos á Roma, comprados en la puerta de los templos y alimentados para que luego fueran á derramar su sangre en la arena del circo. Pero el esclavo era escultor, pintor, arquitecto, músico, maestro, y de esta manera influía en Roma. Puede decirse que en los tiempos de Tácito Roma era una ciudad de esclavos. Yo os pregunto: ¿qué esclavo de los nuestros se llama Terencio; qué esclavo de los nuestros se llama Horacio, hijo de un liberto; qué esclavo de los nuestros se llama Epitecto, el cual educó el alma más grande y más noble de la Roma cesárea, el alma de Marco Aurelio? Vuestros esclavos son todo indignidad, todo brutalidad, como la piedra del molino, como el mulo, como el burro, un instrumento de riqueza, un instrumento de vil trabajo.

¡Oh! el mundo antiguo podría presentar su esclavitud frente á la nuestra con solo recordar á Espartaco. Númida de raza, trahío de nacimiento, reunió en sus venas la sangre de los dos pueblos que más había martirizado Roma. Llevado á la ciudad eterna, y alimentado para que tuviera mucha, mucha sangre que verter en el circo, tuvo la idea de libertar á sus compañeros, á sus hermanos. Treinta mil reunió: 12.000 de los suyos murieron, y cayó entre ellos cubierto de heridas, mártir de su fé, más

grande que Yugurta y que Annibal. El mundo antiguo se creería libre de sus esclavos cuando Craso, vencedor de Espartaco, volvía entre 10.000 cruces, donde espiraban 10.000 esclavos crucificados. Pues bien, cuando sonó la última hora del antiguo mundo, cuando los compatriotas de Espartaco llegaron á Roma con los ejércitos de Alarico, en la última noche del antiguo mundo, Roma, vencida, destrozada, debió levantar los ojos al cielo y ver los compañeros de Espartaco, cual otros tantos ángeles exterminadores, descendiendo de sus cruces, y dispersando á los cuatro puntos del horizonte sus ensangrentadas cenizas. ¿Y os extrañáis que sobre nosotros caigan tantos males cuando hemos cometido también, prolongando la esclavitud, tantos crímenes?

Yo observo que hay en esta Cámara, lo digo para concluir, algunos sacerdotes. Yo creo, Sres. Diputados, que los sacerdotes han venido aquí para algo más, para mucho más que pedir la resurrección de la Monarquía y la continuación de la intolerancia religiosa. Yo no disputaré, no quiero entrar en eso, ni es de este sitio, ni es de esta ocasión; yo no disputaré sobre si el cristianismo abolió ó no abolió la esclavitud. Yo diré solamente que llevamos diez y nueve siglos de cristianismo, diez y nueve siglos de predicar la libertad, la igualdad, la fraternidad evangélica, y todavía existen esclavos; y solo existen, Sres. Diputados, en los pueblos católicos, solo existen en el Brasil y en España. Yo sé más, Sres. Diputados, yo sé más; yo sé que apenas llevamos un siglo de revolución, y en todos los pueblos revolucionarios, en Francia, en Inglaterra, en los Estados-Unidos, ya no hay esclavos. ¡Diez y nueve siglos de cristianismo y aun hay esclavos en los pueblos católicos! ¡Un siglo de revolución, y no hay esclavos en los pueblos revolucionarios!